

Histories de Fogaril

José Antonio Calderó



El Fantasma de Las Atarazanas



Cuando Antonio cerró con doble vuelta la llave de la puerta de su casa, lo hizo con mucho cuidado, casi sigilosamente. La familia, su joven mujer y sus suegros, todavía dormían como sucedía habitualmente cuando él madrugaba tanto. Eran las tres y la calle del Banco estaba invadida de un total silencio. A principios de marzo las ventanas de las casas todavía permanecían cerradas durante la noche.

Antonio todavía estaba pagando el camión que había comprado dos años antes y tenía que trabajar mucho para cumplir con los plazos. Ese día iría cargado con cinco mil quilos de sacos de grano a Zaragoza, a unos almacenes de Santa Isabel, para cargar allí mismo piezas de fundición y llevarlas a Barcelona, en donde, a modo de reporte, cargaría paquetería diversa para Lleida.

Las carreteras, mal conservadas y en su mayoría de tierra, sumadas a las frecuentes averías de los vehículos de la época, convertían cada viaje en una aventura. Por eso había que madrugar mucho; se sabía cuándo se salía, pero no cuando se regresaría. Y eso que su flamante "Dodge Brothers" de 1932, con su motor de gasolina de 8 cilindros en línea era una maravilla que alcanzaba hasta los 100 Km/h. No en vano le llamaban el "camión de los pescateros". Era la máquina ideal en una época sin cadena de frío, para transportar lo más rápido posibles cargas perecederas de corto tiempo.

Los días que llegaba tarde y tenía que salir temprano, aparcaba el vehículo al inicio de las Atarazanas, en lugar de llevarlo a la cochera situada al otro lado del puente en la aserradora de su amigo Valero. Esta opción de Las Atarazanas le parecía más segura, ya que era una zona más transitada, y en cierto modo vigilada, por la existencia de la fonda y las industrias allí asentadas.

La casi total oscuridad de la empinada calle, solo rota por alguna bombilla de muy pocos vatios en cada esquina, daba la inquietante sensación de precipitar a quien la recorría en soledad a una cadena de sugerencias y malas vibraciones. Los sentidos se alteraban, solo se escuchaban los pasos propios y la respiración. Fraga, ciudad antigua y de mucho tránsito, siempre ha sido rica en leyendas y en historias más o menos trágicas. Un coctel de elementos fantásticos como fantasmas, demonios, brujas... Que han convivido con las de atracadores, bandoleros, asesinos, raptos... Y todos con un denominador común: ¡Siempre han actuado con la impunidad de noche!

No es de extrañar pues que mientras Antonio preparaba mentalmente su día, alternase sus pensamientos con pequeños sobresaltos por las pareidolias que los escasos puntos de luz proyectaban. De vez en cuando detenía la respiración para escuchar mejor cualquier ruido que pudiese advertirle. Incluso se detuvo en varias ocasiones para volverse, por si alguien estuviese siguiéndole. La noche era totalmente oscura, el cielo estaba encapotado y la negrura parecía tener una densidad física.

Pensó que al llegar a la carretera junto al río mejoraría la visión, pero no fue así. Ni siquiera era capaz de distinguir la cabeza del Pont de Ferro, ni ver casi sus propios pies.



En los trescientos metros de recorrido hasta las atarazanas, solo funcionaba una de las lámparas, el resto, como era frecuente se habían fundido o las habían roto los gamberros.

Su cabeza aumentó el estado de alerta, el vello se le erizó y todos los sentidos se agudizaron más si cabe.

Le vino a la cabeza su vecino Josepet, que hacía más de cuatro años que no salía de noche por Fraga, y mucho menos solo, por una mala experiencia de un encuentro "paranormal" que había tenido... Se le apareció un fantasma que lo persiguió por las calles entre gritos terribles y ruido de cadenas. A punto estuvo de irse "a les tres creuetes" del susto y el disgusto.

Otros habían contado historias de "La Fantarma" que así le llamaban al fantasma después de cambiarle el género por algún motivo. Tal vez porque en Fraga "Les Bruixes" siempre habían sido más creíbles. Es mucho más coherente una señora que vuela en una escoba, realiza hechizos y transmutaciones, que un ser blanco del "otro lado" que apesta a alcohol y emite insultos, gruñidos, juramentos y ruidos metálicos.

Entre esas historias había alguna realmente dura e incómoda para las víctimas. Como fue el caso de un casado que regresando a casa del café un sábado por la noche, fue atacado por "La Fantarma". La cual le secuestró y arrebató parte de su alma.

No contenta con esto, el abyecto ser lo abandonó en el campamento de las minas de Mequinenza, iun sábado por la noche!

Liberándolo horas más tarde, sin recordar él nada más que el ataque, en medio de un gentío de mineros que llegando con las carteras llenas, vaciaban rápidamente en esa improvisada población de Lona. Un lugar que albergaba todo tipo de vicios para "diluir" los buenos salarios, ganados con mucho sufrimiento y riesgo.

El caso es que, después de recomponerse y notar la ausencia de parte de su alma y de todo su dinero y reloj, tuvo que esperar a que saliese algún vehículo en dirección a Fraga, teniendo la buena suerte de que el "camión de las señoritas" iba con espacio y paró a recogerlo.

A última hora de la tarde, después de hacer el último viaje de carbón a la Estación de Ferrocarril de Lleida, como era habitual todos los sábados, el chofer colocaba unas lonas limpias encima del carbón y cargaba en la caja unas cuantas señoritas que su jefe enviaba.

Bien entrada la madrugada las devolvía agotadas y con la bolsa llena a su ciudad, pagando una parte de sus ganancias al emprendedor camionero. Al que por cierto tuvo que pagar él mismo por su viaje con el anillo de casado, quedando demostrado que en el entorno del vicio no se encuentran buenos cristianos misericordiosos.



Cuando Antonio pasó por encima del arco de las Atarazanas, a pocos metros del camión se sintió reconfortado y buscó las llaves de la cabina en su bolsillo. Paró un segundo para que no se le cayesen al suelo y tras sacarlas miró en su mano, percibiendo un ligero brillo metálico de una moneda que había viajado con las llaves.

Cuando levantó la cabeza, a unos escasos veinte metros de él, vio claramente un espectro blanco, que parecía aumentar y reducir su tamaño, elevándose hasta unos tres o cuatro metros y posteriormente bajando a la altura de una persona... El espectro emitió un aullido desgarrador que rompió el silencio de la noche y un coro de perros comenzaron a ladrar desde mil puntos.

La sangre se heló en las venas de Antonio, la boca se le secó de golpe y el corazón comenzó a latir tan fuerte que amenazaba con salirse del pecho... Incluso la cabeza pareció que iba a estallarle. Se quedó petrificado, no podía correr ni gritar, ni tan siquiera pensar... El máximo valor de una persona se produce justo en ese momento, cuando los sentidos y la razón son dominados por las primitivas leyes de la supervivencia. Y así, con esas consideraciones actuó Antonio; arrancó a correr, pero en dirección al espectro.

La fuerza de su juventud se triplicó y La Fantarma permaneció inmóvil y en silencio esperando segura el ataque.

Recorrió los veinte metros en una fracción muy corta y eterna de tiempo. Saltó sobre el ser y lo abrazó, levantándolo y atenazándolo con sus fuertes brazos de camionero joven. Al ser etéreo no pesaba y Antonio corrió abrazado al espectro, hasta que se le acabó el suelo y unos cañizales crujieron sin poder parar esa fuerza de la naturaleza que era entonces Antonio.

Después vino el vacío y una fracción de segundo en el que La Fantarma no dejaba de gritar conjuros en una lengua extraña y aterradora. Los sentidos de Antonio colapsados, despertaron mientras rodaba, abrazado al ser, por una ladera de piedras y ramas que lo precipitaron al río.

El agua fría le sacó en parte de su aturdimiento y se dio cuenta de que La Fantarma se había volatilizado.

Se sentó en una piedra junto al río, con los pies en el agua y empezó a recuperar el resuello, preguntándose qué había sucedido y cómo había podido ser capaz de salir airoso de esa situación.

Se abrieron unos claros y la luz de la luna iluminó débilmente el entorno. Al cabo de unos momentos Antonio escuchó un quejido lastimero y vio al espectro a pocos metros de él retorciéndose en el suelo. El blanco se había tornado marrón y era poco más que unos girones... entonces se dio cuenta de lo que realmente había sucedido, y de que se había llevado por delante, como una locomotora, a un ser humano "bromista".



www.pontdeferro.es

Se acercó a ayudarlo y el que había sido espectro, hasta hacía unos momentos, le dijo; "Pa haber pres mal Antonio"

Era Salvadoret, un vecino simpático borrachín, al que Antonio contrataba de ayudante algunas veces para cargar y descargar en algunos viajes.

Lo llevó al médico con el camión, alegando que la víctima viajaba en el estribo del vehículo y se había caído en un bache.

Esta práctica era legal y muy extendida en la época, tanto que incluso la Guardia Civil patrullaba así.

Pactaron no contar jamás esa historia, y así se hizo, hasta que muchos años después, muerto Salvadoret (nombre ficticio) me la contaron a mí, con la promesa de no revelar el nombre de la infortunada Fantarma.

José Antonio Calderó

